

raditas entiendo. Se quieren, estoy segura de que se quieren.

GERTRUDIS. Pero...

JULIA. Y hacen bien en quererse, ya que son jóvenes.

GERTRUDIS. Julia, ¿qué has venido á hacer?

JULIA. He venido á veros, á abrazaros. A quitarme de encima el aletargamiento de la vida de ciudad, á vivir unos cuantos días.

DONCELLA. Entrando. ¿Dónde hay que llevar estas maletas?

GERTRUDIS. Ven para que escojas habitación.

JULIA. Dame la que quieras, pero que tenga luz. Vengo á respirar luz. Hasta luego, Plinio. Hasta luego, Tomás. ¡Já, já! Salen Gertrudis, Julia, la Doncella, Marcela y Enrique.

PLINIO. ¡Válganos el yo, qué mujer! ¡Qué bólico nos ha caído en casal

TOMÁS. ¡Si no es una mujer! ¡Es una enciclopedia de mujer! Si no nos fortificamos con documentos nos mareará. ¡Nos mareará! Créeme, Plinio, no discutamos con ella. Los días que esté aquí encerrémonos en la biblioteca. Se oye cantar á Julia dentro.

PLINIO. ¿Qué es eso de encerrarnos? ¡A luchar! Ya veremos quién vence. Quiero confundirla, deshacerla, rendirla, á fuerza de dialéctica. ¡Puesto que quiere guerra, tendremos guerra! ¡Tendremos guerra psicológica!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín botánico. Fachada de la casa; parra, verja, tapia, árboles y plantas varias. Sillas y velador de jardín.

ESCENA PRIMERA

JULIA, sentada en una mecedora, está dormida. MARCELA, sentada en una sillita y con un cesto de labor al lado, cose y canta bajito.

JULIA. Despertándose. ¡Ah! ¿Qué hora es? Las cinco. ¿Pero cuánto tiempo he estado yo durmiendo? ¿Estás ahí, Marcela? ¿Por qué no me has llamado?

MARCELA. Dormías con una cara tan satisfecha que no he querido despertarte. De seguro estabas soñando con algo muy bueno.

JULIA. No me acuerdo. ¡Ah, sí! Estaba soñando con tu novio.

MARCELA. Ya puede estar contento el doctor Dalmau.

JULIA. Es que el doctor Dalmau no es tu novio.

MARCELA. ¿No?

JULIA. Es el novio de tu familia.

MARCELA. ¡Ay!

JULIA. ¡Qué suspiro tan elocuente! ¡Pobre doctor!

MARCELA. ¡Pobre doctor! Las dos se ríen.

JULIA. ¿Qué estás haciendo ahí?

MARCELA. Coser.

JULIA. Como siempre; eres la mujer más hacendosa que conozco.

MARCELA. ¡Qué remedio me queda! La filosofía rompe mucha ropa y la literatura no la compone. Si yo no fuese, como tú dices, mujer hacendosa, andaríamos todos en esta casa como el hombre de las cavernas. ¡Ay!

JULIA. ¡Ay! ¿Otro suspiro?

MARCELA. ¡Qué envidia te tengo!

JULIA. ¿Por qué?

MARCELA. Por todo. Hasta de la cosa más pequeña sabes sacar motivo de alegría. ¡Eres feliz!

JULIA. Y tú lo serás.

MARCELA. Esperanzas en Dios; pero entre tanto...

JULIA. ¿Entre tanto?...

MARCELA. Entre tanto me aburro desesperadamente.

JULIA. Muy mal hecho. A los diez y ocho años, cuando se tiene el amor joven y la cara bonita, la mujer que consiente en aburrirse comete un crimen, sí, señora, un crimen. ¡Si vieras cuando se cumplen los treinta y nace la primera arruga, cómo le remuerde á uno la conciencia por todas las risas que se ha dejado por reír! Créeme á mí.

MARCELA. Que no tienes arrugas.

JULIA. Porque me cuido el buen humor...

MARCELA. ¡Si llego á tener hijos no los enseño ni á leer!

JULIA. ¿Y qué dirá el doctor, su ilustre padre?

MARCELA. ¿El doctor va á ser padre de mis hijos?

JULIA. Naturalmente. ¿No dices que es tu novio? Mira, no vuelvas á suspirar. *Marcela se ríe.* Así me gus-

ta. ¿Sabes que te pones muy guapa cuando te ríes? Pero muy guapa. Mirate al espejo. Le da un espejito de mano, que saca del bolsillo.

MARCELA. ¿En el bolsillo llevas el espejo?

JULIA. Siempre, hija mía, es un recurso.

MARCELA. ¿Un recurso?

JULIA. Contra la tristeza, contra el aburrimiento, contra las cosas feas que tiene una que mirar por fuerza; quien dice cosas, dice personas.

MARCELA. Pues lo que es á mí me da mucha rabia mirarme al espejo. Mirándose y casi llorando. ¡Soy muy fea!

JULIA. ¡Chiquilla, no blasfemes! Tienes diez y ocho años.

MARCELA. De bastante me sirven.

JULIA. Mírame. Eres morena.

MARCELA. Negra.

JULIA. Negra soy, pero hermosa, porque el sol me ha besado.

MARCELA. Déjate de biblias.

JULIA. ¡Ah! ¿Pero eso es de la Biblia?

MARCELA. De la Biblia.

JULIA. Pues no lo sabía. Creí que era de un drama de mi marido.

MARCELA. Puede que lo sea también.

JULIA. Puede. Qué ignorante soy, ¿verdad?

MARCELA. Pero eres bonita.

JULIA. En eso estábamos. Mírame otra vez. Quedamos en que eres morena; tienes los ojos garzos, los labios muy rojos...

MARCELA. ¡Buena combinación!

JULIA. ¡Admirable! ¿Qué más quieres?

MARCELA. Quiero ser como tú.

JULIA. ¡Já, já, já!

MARCELA. Sí, como tú. Yo no sé si eres blanca ó morena, si tienes los ojos azules ó negros... pero eres como eres, bonita á todas horas, de todos modos, de frente, de perfil, cuando hablas, cuando andas, cuando...

JULIA. ¡Qué panegírico!

MARCELA. No te rías.

JULIA. Lloraré.

MARCELA. No te rías. Vas andando y parece que te sigue la falda; te sientas y parece que has nacido sentada. Yo, si ando, parezco una campana; si me siento me nace ropa por todas partes; no sé nunca dónde poner las manos; se me ven los pies desde media legua. Esta mañana he querido peinarme como tú... y ya ves... por poco me arranco el moño de rabia. Lloro.

JULIA. ¿Pero eso es en serio?

MARCELA. Llorando. En serio.

JULIA. Echándose á reír. Pero chiquilla... ¡já, já!... Bueno. Déjame que me ría... ¡já, já!... No te enfades... ¡já, já!... Hija, si no lo puedo remediar...

Sigue riéndose desafortadamente.

MARCELA. Ríete. ¡Si vieras qué gana me da á mi de reír!

JULIA. Sin poder contenerse. ¡Já, já, já! Perdón... ¡Já, já!... dame un susto ¡já, já! Conteniéndose á duras penas. También ahora debo estar muy bonita.

MARCELA. Casi con despecho. También.

JULIA. Dame el espejo. Se mira. Mira, no te rías nunca como yo, porque sale pata de gallo. Muy seria,

se pasa las puntas de los dedos por debajo de los ojos. ¿Te has enfadado?

MARCELA. ¿Contigo?... ¿Qué me miras? Estoy hecha una facha, ¿verdad?

JULIA. No. Levántate. Da media vuelta. Anda un poco. Más derechita. Tiesa, no. Así. Se levanta y da unos cuantos pasos. Apoyando bien el tacón en el suelo. Anda... ¡Ajajá! ¿Cuántas enaguas llevas, criatura?

MARCELA. Muy confusa. Dos.

JULIA. Sobra una y media. Poquita tela y bien aprovechada: en el volante toda la que quieras para hacer frú-frú; pero nada de frunces arriba. ¿No ves que hacen arrugas debajo de la falda y adiós línea! Aplástate un poquito. Le arruga la falda. ¡Si tienes un cuerpo precioso! ¿No llevas corsé?

MARCELA. No... porque... dice Plinio que es antihigiénico.

JULIA. Plinio, ¿eh? Nos veremos. Tirate de esa blusa. Bájate el cuello. La arregla. El cuello alto es para las viejas. Ahuécate ese pelo. Súbete ese moño: el moño bajo es para las señoras... de cierta edad. Quita cinco años... y la rayita á un lado, diez. Pero á ti todavía no te hacen falta matemáticas ¡Quién fuera tú!

MARCELA. ¿Suspiras?

JULIA. Pienso en que pronto me tendré que bajar el moño.

MARCELA. ¡Tonta!

JULIA. Dándole unos toquecitos al peinado. Esto es. ¡Si pa reces otra. Mirate ahora ¿Te gustas, eh?

MARCELA. Me gustas tú.

JULIA. ¡Hipócrita! Miren qué colorcitos le han

salido llorando. Ya no falta más que una flor en el pelo. Va á cortar una.

MARCELA. ¡Esa no, por Dios, que la está estudiando Plinio!

JULIA. Me has asustado. Mirando á la flor.

MARCELA. Es un ejemplar monstruoso.

JULIA. ¡Pobrecilla! Cortaremos otra.

MARCELA. Esa tampoco, que está estudiando en ella el doctor Dalmau una degeneración de la clorofila.

JULIA. Hija, esto no es un jardín; es una clínica. Aquí las flores no son flores; son... casos. Después de todo, ¿qué importa? Corta una.

MARCELA. ¿Qué has hecho?

JULIA. Prendiéndole la flor. Y ahora que estás hecha un pimpollo, ¿quién te gustaría que te vieses?

MARCELA. ¿Qué sé yo!

JULIA. ¡Lo sabré yo entonces! Bueno, lo sabemos las dos. ¿Te quiere mucho, eh?

MARCELA. ¿Enrique?

JULIA. Imitándola. ¿Enrique? Miren cómo le gusta oír sonar el nombre. ¿Enrique?

MARCELA. ¡No te burles!

JULIA. ¡Burlarme! Si el amor es la cosa más seria del mundo.

MARCELA. ¿Verdad?

JULIA. Verdad. Se ríen las dos.

MARCELA. Sí que me quiere. Tanto que algunas veces me da como remordimiento.

JULIA. ¿De qué?

MARCELA. De no quererle como se merece. Me pongo á pensar, á pensar, si este cariño que le ten-

go será sólo por él ó por el deseo de libertad, de vida, de aire nuevo. Paso más malos ratos discutiendo: ¿Este amor es amor ó es egoísmo?

JULIA. ¡Ave María purísima! En mi vida he oído cosa semejante. Tú estás loca. ¡Cuando se quiere, se quiere y se... ó!

MARCELA. Sí, pero...

JULIA. No hay pero que valga. Déjame que te mire. Tú debes de ser un bicho raro. Primero lloras como un *bebé*, porque se te antoja que no eres bonita, y luego sales hablando como un libro... de los que no se entienden. ¿Es que tú también eres sabia?

MARCELA. No lo soy; pero me ha costado mucho trabajo no serlo.

JULIA. Mira quién viene por allí. Marcela mira al camino y luego se mira al espejito. ¡Grandísima coqueta!

ESCENA II

DICHAS y ENRIQUE

ENRIQUE. Desde fuera. ¿Se puede entrar?

JULIA. Adelante. Entra Enrique y mira á todos lados fingiendo recelo.

ENRIQUE. ¿Hay... sabios en la costa?

JULIA. No tenga usted cuidado. Donde estoy yo no hay sabiduría que valga.

ENRIQUE. Buenas tardes.

JULIA. Buenas tardes.

MARCELA. Buenas tardes. ¿Que me miras? Julia y Marcela á un tiempo ríen á carcajadas.

ENRIQUE. ¿De qué se ríen ustedes?

JULIA. De usted.
ENRIQUE. Gracias.
MARCELA. De la cara que has puesto.
ENRIQUE. ¿Yo he puesto una cara?...
MARCELA. Muy particular.
ENRIQUE. Porque tú la tienes hoy muy bonita.
MARCELA. ¿Hoy nada más?
ENRIQUE. Hoy más que nunca.
JULIA. Pues ahí la tiene usted llorando como un sauce, porque dice que se encuentra fea.
ENRIQUE. A Marcela. Déjame que me ría.
JULIA. Y porque tiene miedo de no quererle á usted bastante.
ENRIQUE. Eso ya es más grave. ¡Marcela!
MARCELA. No hagas caso.
JULIA. Muy bien.
ENRIQUE. Marcela, dame ahora mismo una satisfacción. Quiere abrazarla.
MARCELA. No seas tonto.
ENRIQUE. ¡Yo que venía por esas calles arrepiñtiéndome de quererte demasiado!
MARCELA. ¿De veras?
ENRIQUE. ¡Chiquilla, una atrocidad! Una cosa estupenda, un cariño de á doscientos por hora... ó por minuto, que en poniéndose uno á querer como yo te quiero, la vida es un soplo. Si fuera poeta haría versos: como soy... bueno, lo que soy, me contento con hacer dinero, que también suena á gloria cuando se sabe oír. ¿No te alegras?
MARCELA. Sí que me alegro.
ENRIQUE. ¡Y casi estás llorando!
MARCELA. Es porque te quiero.

ENRIQUE. ¿Estás segura?... ¿Poco?... ¿Mucho?...
¿Tanto como yo á ti?... ¡Déjame que te abrace, chiquilla!
JULIA. Que está en la mecedora un poco apartada, se levanta.
¡Que está aquí la suegra!
ENRIQUE. Riéndose. Usted perdone.
MARCELA. ¡Julia! Le da un beso.
JULIA. A Enrique. No era para mí. ¿Qué le vamos á hacer? Le alarga la mano y él se la aprieta.
ENRIQUE. ¡Es usted nuestra providencial!
JULIA. Casi, casi.
MARCELA. Del todo. No sabes cómo se ha puesto Plinio al enterarse de... que... nos queremos.
ENRIQUE. Envidia pura; porque lo que es á él, como no le quiera una momia...
MARCELA. No te rías, que está terrible.
ENRIQUE. Y tus padres, ¿qué dicen?
MARCELA. Mi madre dice que esto es una catástrofe. A mi padre, como es pesimista, no le sorprende.
ENRIQUE. ¡Pobre hombre!
JULIA. ¿Le compadece usted?
ENRIQUE. ¿Le parece á usted poca lástima pasar-se la vida entre Schopenhauer y doña Gertrudis?
MARCELA. ¡Enrique!
ENRIQUE. No frunzas el ceño, que ya te he dicho que estás hoy muy guapa. No sé qué te encuentro, pareces otra.
MARCELA. ¿Y por eso te gusto más? Gracias.
JULIA. No dispute usted con Marcela, que es un filósofo tremendo.
ENRIQUE. ¡Marcela!

32920

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARCELA. No te asustes. En cuanto estoy contigo se me olvida todo lo que sé.

ENRIQUE. Así me gusta. ¡Viva la vida!

JULIA. ¡Viva!

MARCELA. ¡Viva!

ENRIQUE. ¡Mueran los libros!

JULIA. ¡Silencio, que vienen!

MARCELA. Más vale que te vayas.

ENRIQUE. ¿Marcharme yo? ¡Huir ante el fantasma de Zaratustral! ¡Jamás!

MARCELA. ¡Estás loco!

ENRIQUE. ¡Por ti! *Le coge las manos.*

JULIA. ¡Orden, niños, orden, que viene el ogro!

ESCENA III

DICHOS y PLINIO. Plinio entra haciéndose el distraído y todos le saludan con afectada cordialidad.

JULIA. Buenas tardes, Plinio.

ENRIQUE. Buenas tardes, Plinio.

MARCELA. Buenas tardes, Plinio.

PLINIO. *Displicente.* A Julia. Buenas tardes. A Enrique. ¡Ah! ¿Eres tú?

ENRIQUE. ¿Te molesto?

PLINIO. Casi.

ENRIQUE. Lo siento por ti.

PLINIO. No te durará mucho el sentimiento.

ENRIQUE. Eso dependerá de lo que á ti te dure la molestia.

JULIA. Vamos, Plinio, no te pongas terrible, que estamos todos de muy buen humor.

PLINIO. ¡Ah! ¿Están ustedes de buen humor?...

JULIA. Excelente.

PLINIO. No veo el motivo.

JULIA. ¿Tú no estás nunca alegre sin motivo? Te compadezco, hijo, porque entonces no sabes lo que es alegría.

PLINIO. Usted en cambio lo sabe demasiado.

JULIA. Ya ves tú, en este mundo todos tenemos nuestra ciencia.

PLINIO. Prefiero la otra.

JULIA. La otra... ¿Es rubia ó morena?

PLINIO. No la entiendo á usted.

JULIA. ¿Cuántos años tienes?

PLINIO. ¡Señora!

JULIA. ¡Caballero! ¡Já, já, já! Mostrándole á Enrique que besa la mano á Marcela. ¡Aprende, hombre, aprende la primera lección!

PLINIO. Precipitándose sobre su hermana. ¡Marcela!

MARCELA. Fingiéndose susto. ¡Jesús! ¡Qué susto me has dado! Todos se esfuerzan por contener la risa.

PLINIO. Furioso. ¿Pero es que se están ustedes burlando de mí?

JULIA. Ya te hemos dicho que estamos de muy buen humor.

PLINIO. Pues yo, no. ¡Ea!

JULIA. Pues haces muy mal, porque está una tarde hermosísima.

MARCELA. ¡Maravillosa!

ENRIQUE. ¡Estupenda!

JULIA. Hay un cielo azul que es una joya.

ENRIQUE. ¡Una delicia!

MARCELA. ¡Un encantol!

JULIA. ¡Corre un vientecito!...

ENRIQUE. Un vientecito...

MARCELA. Un vientecito...

PLINIO. Furioso. ¡Acabemos! ¡Ven acá, Marcela! Ella se acerca; él la mira fijamente. ¿Quién te ha dado permiso para cortar esa flor?

MARCELA. Fingiendo susto. ¿Qué... flor?

PLINIO. Esa que llevas en el moño. Pausa, durante la cual Marcela sigue fingiendo apuro. Al cabo, Julia, como si tomase una resolución heroica, se adelanta.

JULIA. Mátame. La he cortado yo.

PLINIO. Pues ha hecho usted una hazaña.

JULIA. ¡De veras! Como asombrándose de su heroísmo.

PLINIO. ¡Sepa usted que esa flor es un ejemplar único de la familia de las solanáceas!

JULIA. ¡Pobre y desgraciada familia!

PLINIO. ¿Usted se figura que las flores se han hecho para eso?

JULIA. ¡Ay, sí! El mejor destino de una flor es alegrar una cara bonita.

PLINIO. ¿Usted cree?...

JULIA. No hay que darle vueltas.

ENRIQUE. ¡Bravo!

PLINIO. Está bien. Da media vuelta.

MARCELA. ¿Dónde vas? Plinio no contesta.

ENRIQUE. No te enfades. Plinio sigue andando.

JULIA. Muy seria. ¡Plinio, haz el favor! Le hace señas de que se acerque.

PLINIO. De lejos. ¿Qué quiere usted?

JULIA. Acércate, hombre. Plinio se acerca. Ella le mira largo rato haciendo gestos.

PLINIO. Un poco desconcertado. Decía usted...

JULIA. Muy de cerca. Que no te enfades, que todo

ha sido por pasar el rato... ¡Ríete! Plinio está medio vencido, pero se rehace y dice desde todo lo alto de su sabiduría.

PLINIO. No tengo ganas de reír. Se separa y va a mirar sus flores.

JULIA. ¡Habrase visto!... Pausa. Ríase usted, Enrique, porque si no, soy yo la que se va a echar á llorar. A Plinio. ¡Mamarracho! ¡Coleóptero!... ¡Sabió!... ¡Vámonos! Coge del brazo á Enrique y va á la derecha, que es la puerta de la casa, en el momento en que entran por el mismo lado don Tomás y doña Gertrudis.

ESCENA IV

DICHOS, DON TOMÁS Y DOÑA GERTRUDIS.

GERTRUDIS. Buenas tardes, Julia.

JULIA. Sin detenerse. Buenas tardes.

TOMÁS. ¿Dónde vas tan de prisa?

JULIA. No lo sé. Al aire libre, al río, á tomar un baño para quitarme de encima la polilla.

TOMÁS. Pero, ¿qué te ha pasado?

JULIA. Pregúntaselo á Plinio, que tiene conocimientos más profundos. Sale arrastrando á Enrique. Marcela quiere seguirlos.

ESCENA V

DOÑA GERTRUDIS, DON TOMÁS, MARCELA Y PLINIO

TOMÁS. ¿Marcela?

MARCELA. Voy con Julia.

PLINIO. ¡Quédate aquí!

MARCELA. ¿Lo mandas tú?

PLINIO. Sí, yo.

TOMÁS. Suavemente. Quédate, hija mía, y explícanos lo que sucede.

MARCELA. Que lo explique Plinio.

TOMÁS. ¿Plinio?

PLINIO. La explicación es corta. Desde que esa mujer...

MARCELA. ¿Quién es esa mujer?

PLINIO. Desde que Julia ha entrado en esta casa, no se puede vivir.

TOMÁS. ¡Hombre, no tanto!

PLINIO. ¡No se puede vivir! No hay una hora de tranquilidad. Todo lo revuelve, todo lo destruye...

GERTRUDIS. Es cierto. Ayer, para probar las tenacillas, quemó las tres primeras cuartillas de mi ensayo sobre el problema feminista en España.

PLINIO. Y hoy ha cortado la más interesante de mis flores para ponérsela en el moño á esa niña.

MARCELA. ¿Quién es esa niña?

PLINIO. Marcela, no me alteres los nervios.

MARCELA. Plinio, no seas tonto.

PLINIO. Porque eso es lo peor del caso. Marcela, como ustedes han podido observar, está completamente perturbada...

TOMÁS. ¡Hombre, no tanto!

PLINIO. Completamente perturbada por la influencia de Julia: no piensa más que en componerse, se riza el pelo, lee novelas...

GERTRUDIS. Leer novelas no es delito.

PLINIO. Se pasa el día delante del espejo.

TOMÁS. Eso tampoco es culpa: es atavismo.

PLINIO. Es usted demasiado optimista.

TOMÁS. Me ofendes, Plinio. Pausa solemne.

MARCELA. Acercándose tímidamente. Papá ¿te has enfadado?

TOMÁS. ¿Es cierto lo que dice Plinio?

MARCELA. Sí, papáito... pero... alégrate... verás... si vamos á ser muy felices. ¡No digas que no!... ¡Mira, se puede ser pesimista y muy feliz! Claro que he cambiado... que me he perturbado, como dice Plinio... pero es para traer alegría á la casa...

TOMÁS. Hija, la vida es triste.

MARCELA. Dice Julia que por eso tenemos nosotros el deber de alegrarla.

PLINIO. ¡Siempre Julia!

MARCELA. ¡Como que es la única que dice algo nuevo!

GERTRUDIS. Hija mía, creo que no son ideas las que te han faltado en esta casa.

MARCELA. ¡Mamá!

GERTRUDIS. Mirando atentamente á Marcela. Plinio tiene razón; estas muy cambiada.

TOMÁS. En efecto...

MARCELA. Con alegría. ¿De veras? ¿De veras muy cambiada? ¿Parezco más bonita?

TOMÁS. Hija, yo poco entiendo de eso; pareces más mujer.

PLINIO. Despreciativo. Más mujer, ya lo oyes.

MARCELA. ¡Más mujer! ¡Ay, qué gusto! Mirame, papáito. No te pongas serio. Si tú también me quieres á mi. ¿Te acuerdas anoche cuando entraste á mi cuarto á buscar un libro? ¡Creías que estaba dormida y me diste un beso. Me dió una alegría tan grande, que en cuanto te marchaste me puse á llorar como una simple!

TOMÁS. Un poco desconcertado. Bueno... bueno... basta de tonterías. Estáis excitados. Tú, Plinio, ten paciencia; al cabo las mujeres son seres inferiores (perdón, Gertrudis) y le dan importancia á estas naderías sentimentales; movimientos reflejos y nada más. Tú, Marcela, cálmate y prepara todo lo necesario, porque, como sábado, de un momento á otro van á llegar nuestros amigos. Te recomiendo que te muestres amable con el doctor Dalmau...

MARCELA. Interrumpiéndole. Papá, ¿no habíamos quedado en que íbamos á ser muy felices?

TOMÁS. Tú lo has dicho.

MARCELA. Es que con el doctor yo no lo puedo ser.

TOMÁS. ¡Marcela, me alarmas!

PLINIO. Claro; tú, para ser feliz, necesitarás casarte con tu Enrique.

MARCELA. ¡Justo, con mi Enrique!

TOMÁS. ¿Qué es eso de Enrique?

MARCELA. Es... que... le quiero. A doña Gertrudis. Ya se lo he dicho á usted.

GERTRUDIS. Pero yo no he querido oirlo.

MARCELA. ¡Papá, le quiero!

TOMÁS. ¡Ilusiones, hijita, ilusiones de los pocos años!

MARCELA. Bueno, pues ilusiones; lo que ustedes quieran. ¡Qué le vamos á hacer! Para eso son los pocos años, para hacerse ilusiones y para alegrarse con ellas, y para no llevar vida de buhos, metidos entre el polvo de los libros viejos y de los corazones apolillados!

GERTRUDIS. Eso de buhos te lo habrá dicho también tu tía.

MARCELA. También.

PLINIO. ¡Niña boba!

MARCELA. ¡Niño prodigio!

GERTRUDIS. ¡Cállate, Marcela!

MARCELA. Ya me callo... y me voy.

GERTRUDIS. A don Tomás. ¡Ahí lo tienes! También, gracias á mi señora cuñada, que para distraer la ociosidad, se ocupa en proteger amoríos románticos. Tú dirás si esto puede tolerarse.

TOMÁS. Yo no tengo la culpa de que haya venido. Tú la invitaste.

GERTRUDIS. ¿Quién se iba á figurar que la esposa de un autor dramático tendría la cabeza destornillada? ¡Y que hay que oír los dramas de mi hermano!

PLINIO. No; hay que oírla á ella.

ESCENA VI

DICHOS y el doctor DALMAU.

DALMAU. Desde la verja. ¿Se puede entrar?

GERTRUDIS. Pase usted, doctor. Marcela al verle entrar se dirige á la puerta.

DALMAU. ¿Soy yo el que la hago á usted huir, Marcelita? Marcela no responde y sale.

TOMÁS. Buenas tardes, doctor.

DALMAU. El recibimiento no es muy halagüeño.

GERTRUDIS. No haga usted caso. Cosas de chiquilla.

DALMAU. No tan chiquilla como á usted le parece.

GERTRUDIS. ¿Va usted á formalizarse por una tontería?